

La bruja Mon

Pilar Mateos

Ilustraciones de **Viví Escrivá**





La rana

LA bruja Mon entró a una tienda de vídeos.

Se quedó embobada contemplando en una pantalla un número musical.

Hasta que una niña le dio un pisotón sin querer.

—¡Huy, perdone!—murmuró la niña.

La bruja Mon se puso hecha una fiera.

—¡Ahora mismo te convierto en una rana!

Sacó su vieja varita
y dijo las palabras mágicas:

*Tufa, cotufa, trucalatrufa.
Chiris, chirabo, chiridinabo.
Mala, malico, maladapico.
Hoy tengo gana
de hacer la rana.*

Al momento, la niña
se transformó en una rana
y empezó a croar
escandalosamente.



EL policía
que estaba vigilando la tienda
se acercó
a ver lo que pasaba.
—Aquí no está permitida
la presencia de ranas
—le dijo a la bruja Mon—.
¡Tendrá que pagar una multa!
—¡Y un jamón!
—dijo la bruja Mon.



EL policía
se puso tan serio
que la bruja Mon se asustó.
Sacó sus ahorros
de trescientos años,
contó las monedas,
pagó la multa
y salió de la tienda
a todo correr.
La rana la perseguía
a grandes saltos.
La alcanzó enseguida
y se montó
sobre su zapato derecho.
—¡Os! ¡Os!
—hacía la bruja para espantarla.
Y la rana que no se iba...



CONQUE, en esto,
llegó un guardia y le dijo:
—Esta rana no tiene collar.
Está prohibido
que los animales
circulen sin collar.
¡Tendrá que pagar una multa!
—¡Y un jamón!
—dijo la bruja Mon.
El guardia
se puso muy serio
y la bruja Mon se asustó.
Sacó sus ahorros
de trescientos años,
pagó la multa
y salió corriendo.



DE un brinco,
se subió a un autobús en marcha.
Y la rana con ella.
El conductor dijo:
—Está prohibido
llevar ranas en los
transportes públicos.
¡Tendrá que pagar una multa!
La bruja Mon
se hizo la despistada.
—¿Qué rana?—preguntaba.
Y murmuró a escondidas
las palabras mágicas,
y la rana
recuperó su forma de niña.
—¿Ve usted
cómo no había ninguna rana?
—le decía la bruja al conductor.



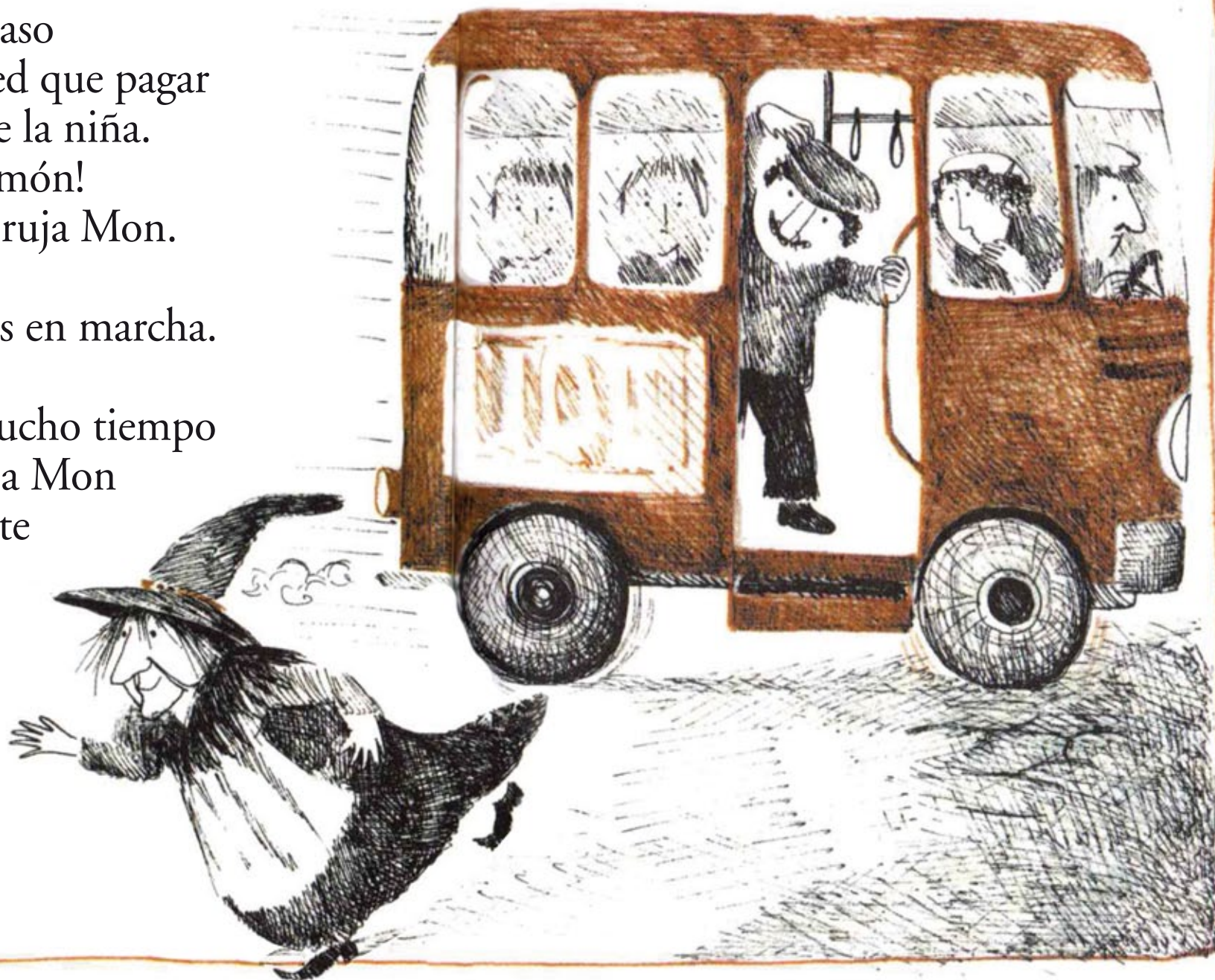
—En ese caso
tendrá usted que pagar
el billete de la niña.

—¡Y un jamón!

—dijo la bruja Mon.

Y se tiró
del autobús en marcha.

YA hace mucho tiempo
que la bruja Mon
no convierte
a las niñas
en ranas.





La apuesta

LA bruja Mon hizo una apuesta con su amiga Pirula:

—Te apuesto a que hago cincuenta juegos de magia.

—Te apuesto que no —dijo la bruja Pirula.

—Te apuesto a que sí —dijo la bruja Mon.

Pero no se apostaron ninguna cosa.

LA bruja Mon
se fue por el camino.
Estaba de muy buen humor.
—¡Si es facilísimo
—se decía.
Al primer árbol
que se encontró
lo convirtió en una piedra.
A la primera piedra
que se encontró
la convirtió en un árbol.
Enseguida descubrió una rosa
y la convirtió en una margarita.
A continuación
descubrió una margarita
y la convirtió
en una rosa.





Después vio a una niña
que se estaba cayendo
por un barranco,
y la transformó
en un pájaro azul.
Eso salvó a la niña.
En vez de estrellarse
contra el suelo,
la niña
agitó sus alas azules
y levantó el vuelo, cantando.

Más tarde
la bruja Mon
saludó a una viejecita
que llevaba en una mano
una botella de vino,
y en la otra,
una botella de leche.
La bruja Mon,
con una sonrisa malvada,
convirtió el vino en leche,
y la leche, en vino;
y la viejecita
ni notó el cambio.
Por allí cerca
había un burro.
La bruja Mon
lo transformó
en un cordero.



Y en un prado,
más allá,
había un cordero.
La bruja Mon
lo transformó en un burro.
Al perro negro del cazador
lo convirtió
en un gato blanco.
Al gato blanco del cazador
lo convirtió
en un perro negro.



Luego
divisó un pájaro azul
posado en una rama;
parecía un poco asustado,
como si no le gustara
ser pájaro.
La bruja Mon
lo convirtió en una niña.
Y así siguió
hasta que hizo
sus cincuenta
juegos de magia.



ENTONCES fue a avisar
a su amiga Pirula.

—Ya están—Le dijo.

—A verlos.

La bruja Pirula
miró al camino,
y vio que todas las cosas
estaban igual
que de costumbre.

Había árboles y piedras,
margaritas y rosas,
corderos y burros.

Vio a la viejecita, que llevaba
como todos los días,
su botella de leche
y su botella de vino.

Vio a la niña,
que volvía a su casa,
tan contenta como todos los días
a la misma hora.



Y vio al cazador,
que se marchaba de caza,
como todos los días,
con su perro negro
y su gato blanco.
—Pues no lo entiendo
—dijo la bruja Mon—.
¡Si yo lo he cambiado todo...!
—Has perdido la apuesta
—dijo la bruja Pirula.



El reloj

LA bruja Mon
necesitaba un reloj.
"Lo quiero sumergible
—pensó—,
con cronómetro y alarma;
que dé las horas,
los días, el mes y el año".
Sacó su varita mágica
y dijo las palabras secretas.
Entonces,
delante de la cueva,
apareció un reloj de sol.



Pero el día estaba nublado,
y la bruja Mon no supo
si era la hora del desayuno
o de la comida;
así que preparó la merienda.
—Mi varita es tan vieja
que sólo fabrica antigüedades
—le contó a Grajano—.
Yo quiero un reloj moderno.
—Pues quítaselo a un niño
—sugirió el cuervo Grajano.



LA bruja Mon
se sentó en el umbral,
a esperar que
pasara un niño.
El primero fue
un hermano mayor,
de ojos alegres.
Y su reloj era sumergible.
La bruja Mon lo vio.
—Dame tu reloj—le dijo.
El hermano mayor
sonrió alegremente:
—Yo te lo daría
—respondió—.
Pero detrás viene
mi hermano mediano
que tiene un reloj
mucho mejor que el mío.



EL hermano mediano
era de expresión bondadosa.
Y su reloj tenía cronómetro.
La bruja Mon
se fijó muy bien.
—Dame tu reloj—le dijo.
El hermano mediano
sonrió bondadosamente:
—Yo te lo daría—respondió—.
Pero detrás viene
mi hermano pequeño,
que tiene un reloj
mucho mejor que el mío.



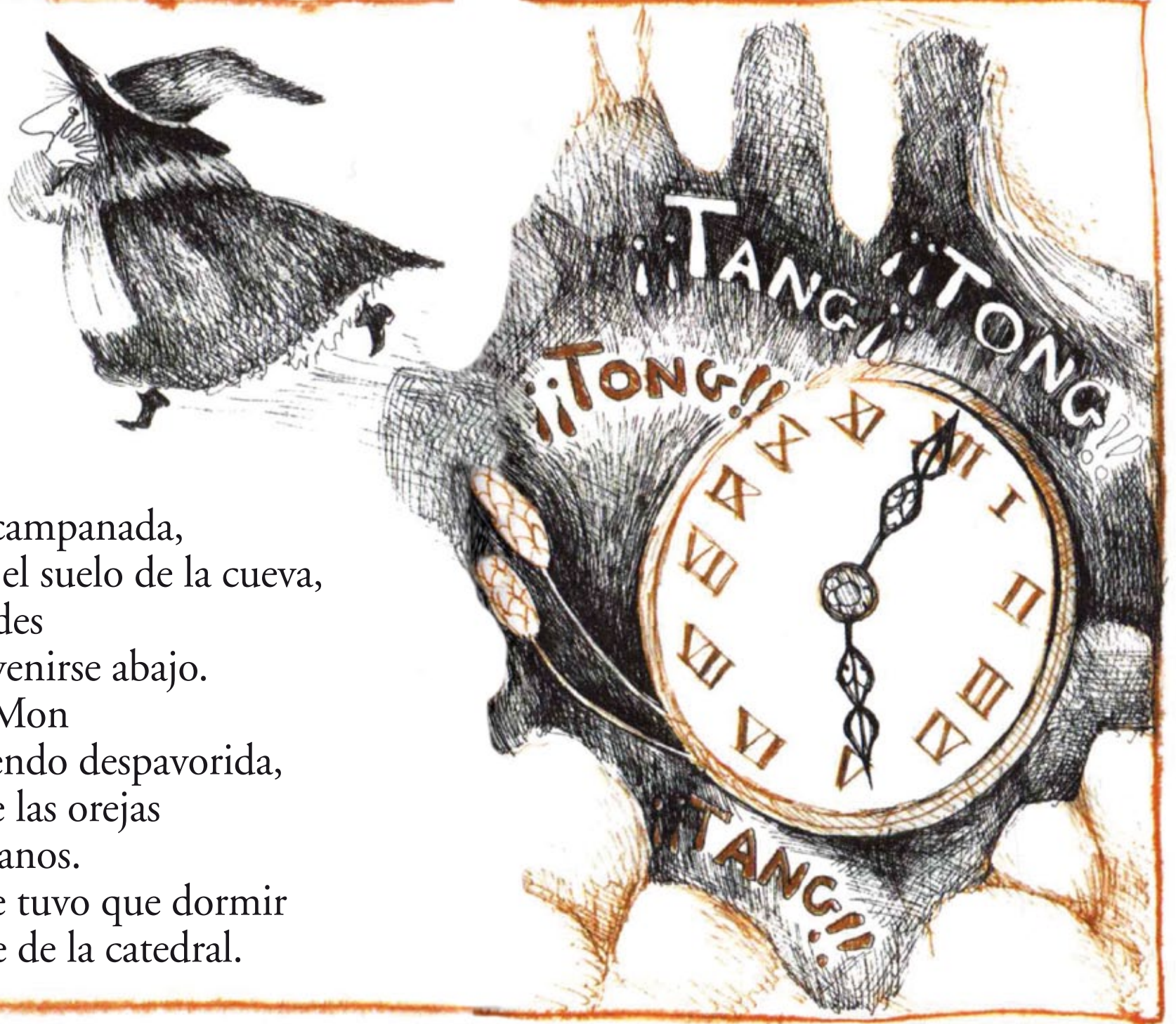
EL hermano pequeño
tenía una carita burlona.
Y su reloj
emitía tres alarmas diferentes.
La bruja Mon las oyó.
—Dame tu reloj—le dijo.
El hermano pequeño
sonrió burlonamente:
—Yo te lo daría
—respondió—.
Pero allí está
la torre de la catedral,
que tiene un reloj
mucho mejor que el mío.



LA bruja Mon se empinó
sobre el palo de sus escoba
y vio la torre de la catedral.
—Dame tu reloj—le dijo.
Y el reloj de la catedral
llegó volando por los aires,
con gran estrépito.
Rompió la puerta de la cueva,
aplastó la librería y derribó
todos los muebles.
¡Era un reloj descomunal!
La bruja Mon
se quedó mirándolo
con cara de tonta.
De pronto,
un ruido atronador
le puso los pelos de punta:
el reloj
iba a dar las tres,



y, a cada campanada,
temblaba el suelo de la cueva,
y las paredes
parecían venirse abajo.
La bruja Mon
salió huyendo despavorida,
tapándose las orejas
con las manos.
Esa noche tuvo que dormir
en la torre de la catedral.



El eco

LA bruja Mon estaba rabiosa.
Llevaba toda la tarde
portándose bien.
¡Ya no podía resistirlo más!
Necesitaba urgentemente
molestar a alguien.
Pensó:
"Si pasara una niña por aquí,
la convertiría
en una tortuga".
Y miró a lo lejos,
por el camino del puente,
a ver si venía una niña.
No venía ninguna.



LA bruja Mon volvió a pensar:
"Si pasara un niño por aquí, lo
convertiría
en un elefante".

Y miró a lo lejos,
por el camino de la montaña,
a ver si venía algún niño.

No venía ninguno.

La bruja Mon exclamó:

—¡Qué rabia!

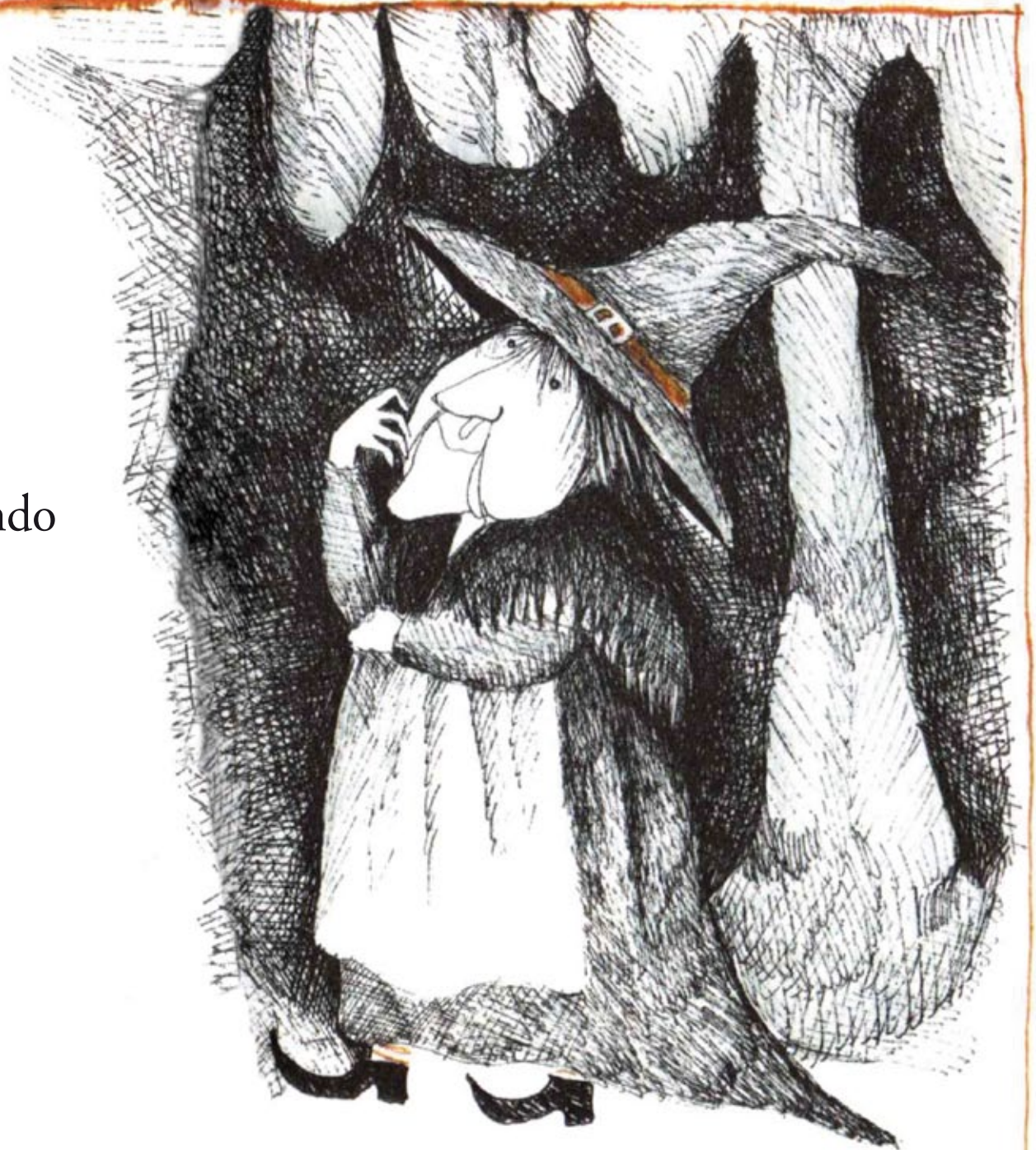
Y siguió andando
a la pata coja.



CUANDO llegó a la montaña,
divisó la boca de una cueva.
—¡Mira qué bien!
—se dijo.
Ahí dentro habrá murciélagos.
Los convertiré en ballenas
y así
no habré perdido la tarde.
Se asomó a la cueva
y vio las peñas húmedas,
el techo altísimo,
la galería oscura
y sin final;
pero no encontró
ni un solo murciélago.



¡QUÉ raro!
—comentó la bruja—.
En las cuevas
siempre hay murciélagos.
—¡Murciélagos!
—repitió una voz.
—Eso es lo que estoy buscando
—contestó la bruja,
distraída—,
pero no hay ni uno.
—¡Ni uno!—afirmó la voz.
—Es lo que acabo de decir
—dijo la bruja,
un poco molesta.
—¡Es lo que acabo de decir!
—dijo la voz.
La bruja Mon
se puso de mal humor:



—¡Yo lo he dicho primero!
—voceó.
—¡Yo lo he dicho primero!
—insistió la voz.

LA bruja Mon
miró al fondo de la cueva
para ver quién hablaba;
y, por más que miró
y remiró,
no vio a nadie.

—¿Dónde te escondes?
—preguntó.
—¿Dónde te escondes?
—preguntó la voz.
—¡Yo no me escondo!
—protestó la bruja.
—¡Yo no me escondo!
—protestó la voz.



ERA una voz
antipática y chillona.
Y a la bruja Mon
le sonaba conocida;
como si fuera
de alguien de la familia.
¿De quién podría ser?
—Me da igual
—gruñó la bruja—.
Sea quien sea,
lo voy a convertir en un pez.



Y añadió en voz alta:

—¡Sal si te atreves!

—¡Sal si te atreves!

—repitió la voz.

Y la bruja Mon
tuvo la sensación
de que se estaba riendo
de ella.

—¡Me estás haciendo burla!

—¡Haciendo burla!

—aseguró la voz.

La bruja Mon
se puso tan furiosa
que empezó
a darse coscorrones
contra las peñas.



—¡Voy a convertirte
en un pez tonto!

—rugió.

Y la voz, sin acobardarse,
le devolvió la amenaza:

—¡Voy a convertirte
en un pez tonto!

—¿A mí?

—dijo la bruja Mon.

¡Y un jamón!

Agitó su polvorienta varita
y dijo, rápidamente
las palabras secretas:

*Tufa, cotufa, trucalatrufa.
Chiris, chirabo, chiridinabo.
Mala, malico, maladapico.
Por una vez,
que salga un pez.*



¿Vais a creer lo que sucedió?
La voz repitió exactamente
las palabras secretas,
sin olvidar ninguna.
Y la bruja Mon,
por arte de magia,
se convirtió en un pez.



El otro día la vi dentro de una
pecera.
¡Y estaba roja de rabia!

